

DE LA PRIMAVERA A LA SINRAZON

Ciro Gómez Leyva*

Hace tres años, en un foro de características similares (reunión AMIC 87), hablábamos sobre ciertos signos sombríos que empezaban a nublar el panorama de la llamada primavera de la radio y la televisión regional mexicana.

En Michoacán, Quintana Roo, San Luis Potosí, el Estado de México y Tabasco, por nombrar algunos casos, los proyectos regionales impulsados por los gobiernos estatales convivían con una otrora desconocida intolerancia. Se cancelaban espacios que habían logrado formar fisonomías participativas y se asfixiaba por la vía presupuestaria cualquier posibilidad de desarrollo.

En la primera mitad de la década de los ochenta surgieron más de 20 televisoras y radiodifusoras regionales. Todo un acontecimiento para la comunicación nacional. Sin embargo, los medios regionales, su historia y sus problemas fueron siempre asunto de los involucrados, y no preocupación de amplias corrientes de opinión pública ni de los analistas de la comunicación. Preguntábamos en 1987, "a media década de distancia, a miles de producciones y experiencias, ¿qué son estos medios regionales? ¿Cómo surgieron? ¿A dónde van? ¿Cómo se manejan? ¿Cómo operan? ¿Son realmente una opción informativa, educativa, democrática? ¿Quién podrá contar su historia?

Los signos ominosos se volvieron realidad y arrasaron en unos días al Sistema Michoacano de Radio y Televisión, mucho antes de que la figura del gobernador saliente y promotor incondicional del proyecto, Cuauhtémoc Cárdenas, pasara a ser centro del encono de los regímenes priístas en turno. El desmantelamiento se inició el 16 de septiembre de 1986, el primer día de gobierno de Luis Martínez Villicaña. No debe extrañar que en el proceso electoral de 1989, el sistema regional de radio y televisión, lo que queda de él, haya sido acusado de haber jugado un papel muy distinto para que el fue creado: brazo electrónico de la intolerancia.

* Universidad Autónoma de México.

De la Comisión de Radio y Televisión de Tabasco se sabe que atraviesa por serios problemas financieros y que su esquema original de producción se ha extraviado. Dicen los lugareños que sus programas y noticieros se parecen cada vez más a los de Televisa. Hace unos meses perdió autonomía administrativa al dejar de ser un organismo descentralizado y convertirse en una dirección más del gobierno del estado de Tabasco.

El Sistema Quintanarroense de Radio y Televisión vivió en carne propia la fragilidad de los medios regionales frente a los cambios sexenales. Pronto, la promesa democrática habría de convertirse en cerrazón. Las noticias alentadoras que solían llegar de la península se volvieron reportes sobre la negligencia productiva y el hostigamiento contra quienes pensaban que la pluralidad cabía todavía en sus micrófonos.

En Radio Querétaro, una de las estaciones más prometedoras de esta, podríamos decir, clásica generación, el burocratismo y la estrechez presupuestaria acabaron derrotando al espíritu creativo y democratizador.

Depauperizada, abandonada y vituperada por su propio gobierno, el de Adolfo Lugo Verduzco, los programas de la televisora de Hidalgo se convirtieron en quintaescencia de cómo motivar al espectador a cambiar de canal.

Radio y Televisión Mexiquense recorrió el periplo siniestro: del esfuerzo aperturista a la gestión autoritaria, irresponsable, inquisitorial. El proyecto mexiquense se convirtió en botín de funcionarios. Había que poner los medios en charola de plata a Mario Ramón Beteta y, de paso, acabar con esa extraña política informativa que daba voz a los grupos marginales y las corrientes opositoras, en vivo y en plenas situaciones de conflicto. Abonado el terreno, la inercia autoritaria "betetista" no encontró mayor resistencia para barrer con los residuos de un proyecto que gustaba presentarse a sí mismo como participativo, plural, de opciones múltiples, y que ya se hablaba de tu con los mexiquenses.

La crisis económica, omnipresente en la administración delamadrista, fue cercenando apoyos a las radios indigenistas, condenadas al olvido. El que algunas de ellas sobrevivan en Guerrero, Chiapas o Veracruz es ejemplo de que aun en tiempos de modernización los

proyectos comunitarios tienen una razón social de ser y un derecho a existir.

La propia crisis recortó innumerables presupuestos en las universidades estatales. Las radios universitarias vivieron la segunda mitad de la década en pleno repliegue, muchas de ellas, incluso, en riesgo de desaparecer.

¿Qué enseñanza deja la primavera de la radio y la televisión regional? ¿Qué se puede aprender de su auge y su crisis? Desde luego que esa pregunta habría que formularla y los protagonistas de aquella etapa, a los contados estudiosos que, de una forma u otra, se acercaron al tema y al público que acompañó su cotidianidad con esos medios.

Pienso, como protagonista, no como estudioso, que la propia génesis de los proyectos derivó su colapso. Con las reservas naturales de no conocer cada caso en detalle, puedo afirmar que muy pocos de esos medios, quizá ninguno, nacieron de un reclamo popular. No fueron una demanda de la sociedad. Surgieron por voluntad de los grupos gobernantes. Cuando la voluntad de las élites regionales tomó otro rumbo, los proyectos se fragmentaron a un grado tal de que si hoy desaparecieran en muy poco se alterarían las relaciones políticas y sociales de sus respectivas comunidades.

La invitación a reflexionar sobre estos asuntos no es una simple obsesión revisionista. Es, más bien, la inquietud de luchar contra la generalización simplista y sus engendros: la superstición y la mitificación. Lo digo porque comparto el criterio de quienes afirman que aceptar los mitos comunes sin una verificación histórica y racional sólo aumenta la confusión.

Y vaya si se tejieron mitos comunes alrededor de estos medios regionales. Se les solía identificar, per se, como proyectos democráticos. Sin haberlos visto o escuchado con cuidado, mucha gente exaltaba innovaciones en la producción. Se les imaginaba como centros permanentes de experimentación y desarrollo. En fin: verdades a medias, mitos comunes.

En el caso de Radio y Televisión Mexiquense no hubo una demanda ciudadana que pidiera su creación. Surgió como un proyecto del régimen de Alfredo del Mazo encaminado a fortalecer los mecanismos de intermediación social. De ahí que los objetivos del sistema se orientarán al diálogo social, la participación ciudadana y la expresión

de las comunidades. Paradoja premoderna: se impuso una decisión para ofrecer una democracia electrónica que nadie, articuladamente, había solicitado. Hoy, la relación se ha invertido: el sistema se cierra ante quienes requieren exponer puntos de vista distintos de la verdad oficial.

Con las limitaciones y errores intrínsecos a una empresa de estas características, Radio y Televisión Mexiquense logró, hasta mediados de 1987, sortear embestidas y mantener un esquema plural de información y producción. Pero cuando la crisis de un aparato de gobierno desorientado, con los ojos puestos en la SEMPI, comenzó a cerrar espacios de debate, y el autoritarismo de beteta cobró presencia, el proyecto plural fue liquidado.

Este período coincide con una etapa de cerrazón brutal de los medios informativos nacionales y con el crecimiento de una sociedad cada vez más organizada, pero subrepresentada en los órganos políticos, marginada del cuerpo del poder y de los canales de comunicación. Una sociedad que carece de medios eficaces de expresión política.

Las historias no pueden leerse de modo separado. Hay una lógica, reforzada por la actual administración, de cerrar espacios participativos y plurales en los medios electrónicos locales, regionales o nacionales. Existe un principio de negar el acceso a los grupos que actúan al margen de los marcos institucionales, sobre todo en las situaciones de conflicto extremo. Las experiencias regionales nacieron bajo otros criterios, tal vez tan autoritarios como los actuales, pero perdieron razón de ser al imponerse los modelos de rigidez informativa.

La crisis de la comunicación regional del último tercio de los ochentas es parte de la crisis de la comunicación nacional. Es una consecuencia de la lógica que promete la democracia e impone la cerrazón.

Desconozco qué es lo que puede exigir hoy día la sociedad michoacana, la veracruzana, la potosina o la mexiquense. No quiero guiarme por el mito común de que en cada poblado el reclamo es democracia. Pero pienso, como cualquiera que observa a los medios desde una posición mínimamente crítica, que lo que muestran las pantallas y difunden los cuadrantes está muy lejano de la realidad. La gente no sólo no cree en lo que ve y oye, sino que no quiere creer. Valga el principio de las contradicciones: esta estrategia vertical,

unilateral y oficialista, incapaz ya de redefinir consensos, podría estar abriendo la puerta a un cambio. Cambio que, quizá, prefiguraron algunas experiencias regionales de los ochenta.

El gobierno, al menos este gobierno, no volverá a regalar ni subsidiar proyectos plurales, amplios. En la medida en que las organizaciones políticas y sociales, ciudadanos y profesionales, logren ocupar, redefiniéndolo, el espacio de iniciativa que tuvieron algunos gobiernos estatales hace diez años, y puedan analizar los errores de concepto, estrategia, organización y gestión de los medios regionales podrá pensarse en que ese imaginario de una sociedad que presiona por los medios de comunicación cobrará forma. Se trata de un espacio de lucha política, social, económica, normativa y de creatividad.

No quisiera confundir este imaginario con un ejercicio de ingenuidad. bien decía Graham Green que la ingenuidad es como un leproso mudo que ha perdido su campana y se pasea por el mundo sin mala intención. Pero creo que sólo si este espacio de lucha logra revertir las condiciones actuales podremos volver a hablar de una segunda, más genuina, primavera regional. Ojalá lo hagamos dentro de algunos años.